

EDITORIAL

Las ciencias no son inmutables y los enfoques vienen determinados por una ideología política previa.

En los últimos años hemos asistido a pintorescos fenómenos de afirmaciones rotundas o acres condenas.

El psicoanalista de porte hermético y el conductista con su perro, ya están permitidos; en la España de Franco psiquiátrico-esotérica y caciquil, cualquier tendencia no germánica y Kraepelinista, era mal vista.

Allá por el año 1971 se abrió paso, con gran retraso, la corriente sociogenética, y los más espabilados capitostes de teoricismo psiquiátrico cogieron el tren en marcha por aquello de estar al día y mejorar su imagen. Mientras en los Congresos se elucubraba, los manicomios seguían siendo sumideros de locura y aún hoy, muchos siguen siéndolo.

Nació la antipsiquiatría, se ganó a la progresia y se hizo moda. Pero mientras, ni los jefes cedían un ápice democratizador, ni la mayoría de los antipsiquiatras de ocasión se apeaba de su dilantismo asambleario y desmadrado.

No extrañe, pues, que en estos momentos la psiquiatría esté desacreditada y la opinión pública desorientada. No sorprenda, pues, la profusión de doctrinas que están germinando en el tiesto de la panacea. La acupuntura, la sofrología, la meditación trascendental, la psicogénesis a lo doña Elena Francis, los herbolarios, los astrólogos y tantos otros tráfugas del quehacer serio y pensamiento lógico, se muestran a los ojos del aficionado como soluciones curativas de la locura toda.

La verdad, con todas sus reservas, es muy otra. La psiquiatría es un quehacer multidisciplinario y cotidiano. Los manicomios siguen estando ahí, repletos de enfermos, de problemas y de enfermos problemáticos. La Administración sigue el tema con el interés de siempre y la Seguridad Social no restituirá nunca al loco su prestación de años.

En los manicomios hay también profesionales responsables intentando humanizar la asistencia, trabajar en la comunidad, hacer prevención, denunciar la estructura capitalista socioalienante, etc. A estos profesionales, en su condición de trabajadores de la Sanidad pública, se les puede y debe pedir cuentas de su quehacer cotidiano, pero, por favor, ¡con seriedad!

Cuando los psicoanalistas se dignen trabajar en instituciones públicas, cuando los sofrólogos hagan psiquiatría comunitaria y cuando los acupuntadores dialoguen con los marginados, podremos empezar a hablar. No antes.